

en su compasión la inocencia de la mujer honrada incapaz de una sospecha:

—Cálmate... Te lo suplico... Es verdad. Es una desgracia para una mujer dejarse dominar por un amor que no puede satisfacer... Pero ni tengas remordimientos ni supongas que yo te acuso... Al hablarte como lo he hecho, pretendía ponerte en guardia contra la pena que podías causar. ¡Ah! ¡Demasiado veo que no has sido coqueta! Sé que tú no has dejado adivinar á ese hombre el sentimiento que te ha inspirado, y sé también que nunca lo adivinará, y que tú serás siempre mi irreprochable Ely. Cálmate... Sonríeme... ¿No es nada tener junto á ti una amiga verdadera que te comprende?

—¡Comprenderme!—respondió la baronesa Ely—. ¡Pobre Luisa, tú me quieres, me quieres, sí..., pero no me conoces!

Después, con impetuoso arranque, cogió á su amiga por un brazo, y mirándola frente á frente, añadió:

--Escucha. Supones que he seguido siendo siempre lo que era en otra época, que he permanecido tu irreprochable Ely, como tú dices... Pues bien... ¡No es verdad! He tenido un amante... Y este amante es el amigo más íntimo de Pedro Hautefeuille; un amigo, como tú lo eres mía; un hermano como tú eres mi hermana. He aquí el peso que tú has adivinado llevaba sobre mi corazón... ¡Qué horrible carga!...

Tienen ciertas confesiones un carácter tal de cosa irremediable, que da á los que las hacen, sin estar obligado á hacerlas, algo augusto hasta en la caída; y cuando estas confesiones salen de los labios de per-

sonas á las que amamos, como Luisa á Ely, producen en nosotros un delirio de ternura hacia aquel sér que con su confesión nos da prueba cabal de su nobleza, al mismo tiempo que la miseria de su degradación nos desgarrá el alma. Si unas horas antes, en uno de los salones de Monte-Carlo, alguno de los innumerables vividores de los que vagaban en torno de las mesas de juego hubiese pronunciado la más vaga frase de duda sobre el honor de la señora de Carlsberg, y la señora de Brión le hubiese oído, ¡qué indignación y qué dolor no sintiera! Mientras Ely pronunciaba las palabras que quedan dichas, dolor había, pero indignación no. Su corazón no encontró para responder á aquella confidencia dolorosa más que las siguientes palabras, prueba de una ternura ciega é indulgente hasta la complicidad por el mismo reproche que encerraban:

—¡Justo Dios! ¡Cuánto has debido sufrir! ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Por qué no has tenido confianza en mí? ¿Es que creías que te querría menos? Tengo valor para oirlo todo...

Y añadió con un acento en el que palpitaba esa ansia de saber que sentimos ante las faltas de aquellos á quienes queremos, como si esperásemos encontrar en este cruel detalle razones mejores para perdonar:

—Te lo ruego, refiéremelo todo, todo... Y primeramente, ¿quién es ese hombre? ¿Le conozco?

—No—respondió la señora de Carlsberg—. Se llama Olivier Du Prat. Le conocí en Roma hace dos años, cuando pasé allí todo un invierno. Esta es la época de mi vida en que menos me has visto y en



que yo te he escrito menos. Es también la época en que más mala he sido por inacción, por tristeza, por aburrimiento de todo y de mí misma. Ese joven era secretario de la Embajada de Francia. Estaba muy en moda porque había inspirado una profunda pasión á dos damas de la sociedad romana, que se le disputaban casi escandalosamente. Vas á decir que lo que te voy á contar es muy villano; pero me divertíó la idea de quitársele á ambas. En estas aventuras, como en el juego hace un momento, piensa una que ha de encontrar emociones como otros las encuentran, y después, lo mismo que en el juego, se descubre que aquello nos fastidia, y se encarniza una en jugar por testarudez, por vanidad, por excitación de una lucha absurda. ¡Así llegué á ser su querida! Su querida—y al pronunciar esta palabra su voz se hizo más grave—, y hoy sé que nunca le he amado. Me obstiné en aquellas relaciones hasta el punto de que él tendría el derecho de decir que yo fui la que quiso que me amase, que yo hice todo lo posible para esclavizarle. Tendría razón, y, te lo repito, no lo he amado. Era un singular carácter, muy diferente al de esos hombres de fortuna en lances amorosos, por regla general, espantosamente vulgares. Era tan tornadizo, tan lleno de contrastes, tan difícil de sujetar, que en el presente momento no podría yo decir si él mismo me ha amado. Crees soñar escuchándome, y yo misma, hablándote de jello, siento la impresión de lo que hubo de inexplicable en nuestras relaciones, casi de ininteligible para quien no le ha conocido. Nunca he encontrado un sér tan extraño, tan irritante por aquella especie de incertidumbre eterna en que la te-

nía á una. Un día estaba emocionado, vibrante, apasionado hasta el frenesí, y al día siguiente, el mismo algunas veces, transformábase de un modo completo; de tierno, se hacía duro; de confiado, celoso; de abandonado, irónico; de amoroso, cruel, sin que fuera posible ni dudar de su sinceridad, ni adivinar la causa del increíble cambio. Estas genialidades no las tenía únicamente en sus sentimientos, sino casi hasta en sus ideas. Le he visto emocionarse hasta derramar lágrimas en una visita á las Catacumbas, y al regreso mostrarse tan ateo como el Archiduque. Le he visto en sociedad tener sujetas á veinte personas bajo el encanto de su elocuencia y de su fantasía, y después pasar semanas enteras sin que fuera posible arrancarle una sola palabra. En fin, era un enigma viviente, que yo penetro mejor á distancia. Había quedado huérfano desde muy niño, y tuvo una infancia desdichadísima, seguida de una adolescencia precozmente desencantada. Fué herido y corrompido demasiado joven. De ahí provenía esa inestabilidad de alma, ese carácter voluble que me interesó. Cuando yo, joven aun, estaba en Sallach, me gustaba montar en bestias difíciles y domarlas. No puedo comparar mis relaciones con Olivier sino á esa lucha con el caballo, que procura *to get the best of you*, como dicen los ingleses. Te lo repito: estoy segura de no haberle amado. No estoy tan segura de no haberle odiado...

La Baronesa había hablado con una vehemencia que probaba que en ella aquellos recuerdos tenían raíces profundas. Hizo una pausa, y como estuviese junto á un macizo de rosas, arrancó una y mordió



nerviosamente sus pétalos, mientras la señora de Brión lanzaba esta queja:

—Preciso es que te compadezca por eso también; por haber buscado la dicha fuera del matrimonio, y haber encontrado á ese hombre, ese monstruo de egoísmo, de dureza, de capricho...

—No le juzgo—replicó la señora de Carlsberg—. De ser yo otra, sin duda le hubiese cambiado. Pero él había tocado en mí el lugar irritable: quería sujetarle, domarle, vencerle, y empleé el arma terrible de los celos. Fué una historia amarguísima, de cuyos episodios te hago gracia. Me sería muy cruel recordarlos, y no hacen falta. Sabrás lo bastante cuando te diga que un día, después de una entrevista íntima, en que Olivier estuvo más tierno que nunca, abandonó Roma súbitamente, sin una explicación, sin un adiós, sin una carta. No le he vuelto á ver. Nada he sabido de él hasta este invierno, por un azar de la conversación... Me dijeron que se había casado. ¡Esto es todo!

Ely calló. Después, con acento dulce que probaba la diferencia entre los recuerdos que acababa de evocar y los de ahora, añadió:

—Tú comprenderás, sin duda, qué extraña impresión he sentido cuando, hace dos meses, Chesy me pidió licencia para presentarme al hermano de una amiga de su mujer, que venía á Cannes á terminar la convalecencia de un catarro, hombre encantador, y me nombró á Pedro Hautefeuille. En el curso de las infinitas conversaciones que Olivier y yo habíamos tenido en el intervalo de nuestras disputas, había pronunciado á menudo dicho nombre. Preciso es que te

diga que la palabra de aquel hombre tenía un extraordinario atractivo para mí. Aquel sér enigmático mostraba algunas veces una expansión absoluta, que sólo en él había yo conocido. Era como si mostrase toda su vida ante mí, que le escuchaba con una curiosidad sin igual. En tales momentos desplegaba una especie de lucidez implacable, que daba deseo de gritar, como en una operación de cirugía, que hipnotizaba al mismo tiempo produciendo un poderoso interés. Era una presentación al desnudo, á la vez brutal y delicada, de su infancia y de su juventud, con evocaciones tan precisas, que tal ó cual individuo, conocido de él únicamente, me resultaba tan presente en aquel momento, tan real, como si le viera. ¡Y él mismo! ¡Ah, qué alma extraña, incompleta, superior, tan noble y tan degradada, tan sensible y tan árida, donde todo parecía haber sido veleidad, impureza y desilusión! ¡Sí! Todo, excepto un único sentimiento. Aquel hombre, que despreciaba á su familia, que sólo con amargura hablaba de su país, que no interpretaba más que en el peor sentido las acciones propias y las de los demás, que negaba á Dios, que negaba la virtud, que negaba el amor; aquel nihilista moral, en fin, tan parecido en esto al Archiduque, tenía una fe, un culto, una religión. Creía en la amistad, en la amistad de hombre á hombre, pues no admitía que una mujer pudiese ser amiga de otra mujer. No te conocía, querida mía. El pretendía—recuérdolo perfectamente—que entre dos hombres que han vivido, pensado, sufrido juntos, y que se estiman y se aman, establécese un afecto tan alto, tan profundo, tan orgulloso, que con nada puede ser comparado. Decía que este



sentimiento era el único que él respetaba, el único contra el que ni los años ni los sucesos podían prevalecer. Confesaba que esta amistad era rara; que, sin embargo, habíala encontrado algunas veces; que él mismo en su vida tenía una, y evocaba entonces la imagen de Pedro Hautefeuille. Su acento, su mirada, la expresión de su rostro, todo cambiaba al recordar á su amigo ausente. El, hombre irónico siempre, referíame con ternura, y con respeto al mismo tiempo, detalles tan inocentes como los de su primer encuentro en el colegio, los de su compañerismo, sus vacaciones. Me contaba el entusiasmo con que en 1870 se habían alistado juntos para ir á la guerra, su peligro común, su común cautividad en Alemania. No concluía nunca de alabarme la pureza de alma de su amigo, lo delicado de su talento, su nobleza. Ya te he dicho que este hombre ha quedado para mí como un enigma. Lo era, sobre todo, en aquellas horas de confidencias retrospectivas, á las que asistía yo con el asombro, casi estupor, que me producía la anomalía en un corazón tan gastado, aquella floración en un terreno estéril, de un sentimiento tan delicado, tan joven, tan raro, que me hacía pensar—y á pesar de las paradojas de Olivier, es el mejor elogio que de ella puedo hacer—en nuestra amistad, en nosotras...

—Gracias—dijo la señora de Brión—. Me has hecho mucho bien. Escuchándote hace un momento, creía oír hablar á otra persona que no conocía. Acabo de encontrarte tan amante, tan dulce, tan buena como eras antes.

—No, buena no—respondió la señora de Carlsberg—. La prueba es que, apenas hubo Chesý pro-

nunciado el nombre de Pedro Hautefeuille, una sola idea se apoderó de mí. La encontrarás abominable. Tal vez me cueste muy cara. La partida de Olivier primero, y su matrimonio después, habían hecho vibrar en mi corazón esa cuerda del odio de que hace un instante te hablaba. No podía soportar el pensamiento de que aquel hombre me hubiese abandonado y viviera dichoso, tranquilo, indiferente al pasado; que hubiera rehecho, por decirlo así, su vida, sin que yo me vengara. Estos abismos existen en el alma cuando se ha sido lo que yo durante tanto tiempo: una desdichada, una desesperada bajo un aspecto de dicha y lujo. Cuando supe que iba á encontrar al íntimo amigo de Olivier, ofrecióse ante mí una venganza refinada, atroz y segura. Mi vida y la de Olivier estaban separadas. Probablemente él me había olvidado. No dudaba un momento que, si yo conseguía hacerme amar por su amigo y él lo sabía, heriríale esto en el punto más sensible de su corazón, y he ahí por qué acepté que Chesý me presentase á Hautefeuille, por qué he tenido con este último las coqueterías que me reprochabas. ¡Sí!... ¡Es verdad! Por ahí comencé... ¡Qué cerca y qué lejos está el principio!

—Pero Pedro Hautefeuille, ¿sabe tus relaciones con Olivier?

—¡Ah! Pones el dedo en la llaga. Él las ignora, como ignora todas las bajas realidades de la vida. Precisamente por esa frescura de naturaleza, por esa sencillez del corazón, de la que tanto me había hablado el otro, por esa juventud, en fin, ese niño con el que yo me preparaba á tan cruel juego, me ha ven-



cido por completo. Tú que has sentido siempre como debías sentir, no puedes comprender lo que es haber ahogado en el alma el impulso, bueno, confiado, entusiasta, y ver que de repente se despierta. Cree una que ya no amaré más, que se ha vuelto seca, implacable, mala, y después se verifica un milagro de resurrección al contacto de un corazón ¡tan joven, tan verdadero, tan sencillo, que engañarle sería engañar á un niño! ¡Si tú le conocieses como yo le conozco ahora! ¡Si día por día, hora por hora, te inclinaras sobre ese alma para estimarla, admirarla, quererla más á cada nueva prueba de su belleza! Jamás una duda, jamás una desconfianza, jamás una pequeñez en ese espíritu virgen, para el que no existe el mal, que ni le ve, ni le conoce... No había hablado tres veces con él, y ya comprendía todo lo que Olivier me había dicho, aquello que en otra época, en nuestras conversaciones de Roma, provocaba tan pronto mi incredulidad como mi ira. El respeto, la veneración casi que él me confesaba sentir ante tanto candor y lealtad, les sentía yo á mi vez. Todas las frases de que él se servía en otra época para hablar-me de su amigo, volvieron á mi memoria desde el primer día, y á cada nuevo encuentro comprendía lo justas que eran y la verdad que encerraban. He experimentado primero la sorpresa de ver cómo se desvanecía mi idea de venganza al contacto de aquella naturaleza tan delicada, tan joven, y que yo aspiraba como aspiro el perfume de esta flor—y acercó á su rostro la rosa cuyos pétalos había mordido—. ¡Si supieras tú lo que me fatiga y me aburre el mundo en que vivo! ¡Qué fastidio me produce oír hablar de

continuo de los almuerzos que Dickie Marsh da en su yate á los Grandes Duques, á los Navajero, al Príncipe de Gales, de las operaciones de Bolsa de Chesy y de la media docena de *gogos* titulados que siguen sus consejos! ¡Si tú supieras cómo me irritan hasta los mejores de este mundo falso! ¡Qué indiferente me es saber si la Bonnacorsi se decidirá á casarse con Corancey, y las innumerables murmuraciones de todos los tés de las cinco en las doscientas quintas de Cannes! ¡Y no te hablo del infierno de mi casa desde que mi marido sospecha que favorezco el matrimonio de Florencia Marsh con Verdier, su preparador! Encontrar en esta atmósfera de aburrimiento y de vanidad, de mentira y miserias un sér á la vez hondo y sencillo, verdadero romántico, arcaico, en fin, como yo me divertía en llamarle, fué una revelación. Y después ha llegado un momento en que he comprendido que amaba á este joven y que él me amaba sin un incidente, sin una palabra, sin un gesto, sin nada más que una mirada suya sorprendida por casualidad. Por esto me he refugiado aquí durante estos ocho días. Tenía miedo. Aun le tengo. Miedo, por mí un poco. Me conozco muy bien, y sé que, una vez dado el primer paso en el camino de la pasión, llegaré hasta el fin, que entregaré toda mi vida á este amor, y si me llega á faltar, si...—No terminó la frase, pero su amiga pudo comprender la terrible perspectiva al oírle decir: —También por él tengo miedo. ¡Ah, mucho! ¡Es tan joven! ¡Tan puro! ¡Cree en mí de tal modo! No puedo darte mejor prueba de lo que he cambiado, que estas palabras: hace seis semanas, cuando Pedro Hautefeuille me



fué presentado, yo no tenía más que esta idea: ¡cómo haré que Olivier sepa que yo conozco á su amigo!... Hoy, á trueque de que esos dos hombres no se viesan jamás, y si se veían que mi nombre no fuese pronunciado por ninguno de ellos, daría diez años de mi vida. ¿Comprendes ahora por qué las lágrimas han brotado de mis ojos cuando me has referido lo que ha hecho esta noche, y que me había visto, sin acercarse á mí, emplear mi tiempo en lo que le empleaba! Ya ves: esto me causa mucha vergüenza. ¡Juzga lo que sería si él supiese lo demás!...

—Y ¿qué vas á hacer?—exclamó dolorosamente la señora de Brión—. Esos dos hombres se volverán á ver. Hablarán de ti. Si Olivier quiere á su amigo, como tú dices, se lo referirá todo. Escucha—continuó juntando las manos—, escucha lo que el cariño más profundo te dice por mi boca. No te hablaré de tus deberes, de la opinión del mundo, de la venganza de tu marido. Comprendo que pases por todo esto, puesto que por ello has pasado ya para ir en busca de tu dicha. Pero no la conseguirás. No puedes ser dichosa con este amor llevando en el corazón el secreto que llevas. El silencio te ahogará... Y si hablas... Te conozco, y has debido pensar en hablar... Si hablas...

—Si hablo, Pedro se apartará de mí para siempre—dijo la señora de Carlsberg—. ¡Ah!... ¡Sin esa seguridad!...

—Pues bien; ten valor hasta el fin—interrumpió la otra—. Has tenido fuerza para abandonar á Cannes ocho días. Debes tenerla para una partida definitiva. No estarás sola. Yo iré contigo. Yo te sostendré. Su-

frirás, cierto. Mas ¿qué significa este sufrimiento si piensas en que puedes llegar á ser todo para ese hombre, y él á ser todo para ti, y descubra al fin que has sido la querida de su amigo?

—Sí. Tienes razón—respondió la Baronesa—. Le he encontrado muy tarde. ¡Pero es tan duro arrancar del corazón un sentimiento verdadero cuando desde muchos años no se ha conocido más que vanidades y miseria... ¡miseria siempre!

Después, con amargura, furia casi, exclamó:

—¡Ah! Yo encontraré fuerza... Lo quiero... Lo quiero... ¡Oh! ¡Qué vida!

Pronunciando estas palabras, miró al cielo de un modo diferente que al principio del paseo. El claro reflejo de la luna mostró sobre su hermoso rostro una expresión de cólera, de rebelión ante la implacable serenidad de las estrellas, de las montañas, de la Naturaleza, y mientras ambas mujeres, ya silenciosas, continuaban su paseo entre las palmeras y las rosas embalsamadoras, y junto á los sombríos macizos de naranjos, la fiel amiga pensaba:

—¡La salvaré aunque ella no quiera!